

HUMBERTO FERNANDEZ MORAN, OTRA VEZ DISCULPAS

Por: José Guillermo Valbuena

A través de los medios, este pueblo parece no descansar de brindar disculpas a este hermano fallecido, insigne genio mundial, exiliado, despreciado, olvidado por la mediocre clase política que hemos tenido hasta hoy, inicios del año 2003. Todos reconocen sus inventos, sus adelantos y sus aportes; hasta la talla de su personalidad y su sensibilidad social. Incluso, un amigo suyo tuvo la desfachatez de declarar en un periódico que Fernández Morán le había enviado el diseño del microfilm, pero él no sabía de qué se trataba, de modo que lo comprendió años más tarde cuando el invento estaba en los bancos venezolanos, vendido por industriales extranjeros. Hemos hecho una analfabeta lectura histórica de los aportes científicos de este zuliano. Se reconoce lo que inventó, pero no el alcance de esto para el desarrollo de la humanidad. Tal vez abrió una nueva etapa de la ciencia y la tecnología contemporánea.

Hoy lo reconocemos sólo porque norteamericanos y europeos lo han hecho; el mundo sajón no puede dejar de reconocer su aporte en las investigaciones espaciales, sobre todo en los estudios de la estructura molecular de la neurona y de las rocas lunares. Tenemos que entender que nosotros los venezolanos somos los llamados a darle el justo valor a su misión histórica. Fernández Morán no disfrutó de la satisfacción personal que da ser reconocido por sus paisanos; además, nuestros historiadores sólo logran ver a los héroes nacionales si y sólo si están uniformados de militar.

Antes de que este genio llegara al mundo científico estadounidense y europeo, la humanidad "creía" que existía el átomo. Pero Fernández Morán les dio los ojos para poder aproximarse aún más al rostro del átomo: el microscopio electrónico de alta resolución y el bisturí de diamante, herramientas que permitieron por primera vez hacer cortes ultrafinos de macromoléculas. Así nació la verdadera física atómica, una ciencia que aspiraba entrar en lo más íntimo del átomo. Antes de Fernández Morán, la humanidad intentaba aliviar a los enfermos mentales con lobotomías que dañaban otras funciones (él mismo las practicó en el Hospital Psiquiátrico de Maracaibo) El genio zuliano inventó estas herramientas capaces de hacer cortes de precisión con un filo equivalente a veinte átomos, pasando entre dos neuronas con el menor de los traumas colaterales, permitiendo el nacimiento de la cibernética. Desde entonces, las más minúsculas prótesis, incluyendo las electrónicas, podrán ser implantadas en el cuerpo humano con la mayor precisión y con la menor proporción de trumas.

No fue Premio Nóbel porque jamás quiso hacerse estadounidense ni sueco. Está gran lección la reforzó con su último gesto al enviarnos todas sus riquezas espirituales, incluyendo sus restos mortales. Este hombre prueba con su vida y más allá de su vida que para ser genio hay que ser primero persona, cosa imposible de lograr en probetas. Sus pertenencias estuvieron a punto de perderse por la humedad y el polvo en los predios de nuestra ilustre alma máter. Sus restos mortales descansan en un cementerio abandonado, una manzana llena de riquezas escultóricas impresionantes envueltas entre maleza y reptiles (como él mismo diría, entre cadillos y machorros) Ahora, el cementerio el Cuadrado que desde niño consideré el más rico y misterioso museo de la ciudad, es aún más significativo porque contienen la reliquia más

importante para cualquier país moderno: los huesos de sus genios. Otra vez disculpas, compatriota, por el descuido que hemos tenido con tu herencia y por el deteriorado estado en que se encuentra el lecho de tu eterno descanso. Quizás algún político de turno dignifique esta casa eterna, que es casa inmortal por excelencia de la zulianidad, y la convierta en el más cuidado de todos los museos de Venezuela.